

Eugenesia y distopía: transferencias entre México y España

ADRIÁN CURIEL RIVERA

*Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias
Sociales, UNAM*

Las utopías filosóficas y literarias han aspirado tradicionalmente a un ideal —de ahí la frecuente derivación del adjetivo “utópico” hacia lo fantástico—, pero manteniendo siempre un pie sobre una realidad o conjunto de realidades políticas, sobre una estructura identificable de poder. Sin ignorar antecedentes como *La República* de Platón, *Utopía* (1516) de Tomás Moro constituye un caso de monogénesis, ya que esta obra crea no solo el arquetipo utópico moderno sino también sus posteriores derivados (Trousson 1995: 26-54). Es lugar común sostener que, si la utopía apunta hacia la perfección social y legal que podría alcanzar un Estado futuro, la distopía¹ vendría a significar lo opuesto. Un infierno en proceso de realización frente al paraíso secular inalcanzable. El estalinismo frente a la revolución del proletariado. El Gran Hermano represor frente a la libre expresión de los propios sentimientos. La vigilancia omnipresente a

1 Vocablo atribuido a John Stuart Mill, quien lo acuñaría a finales del siglo XIX a partir del concepto cacotopia (“lugar malo”) de Jeremy Bentham.

través de las casas de cristal de *Nosotros* (1921) de Eugenio Zamiatin frente a la luminosa sabiduría concéntrica de *La Ciudad del Sol* (1602) de Tomás Campanella. En principio, no hay razón para no suscribir esta definición antinómica de la distopía, aunque lecturas recientes subrayen que, en el fondo, la relación entre estos conceptos es mucho más íntima de lo que podría suponerse.

Modern readers who peer closely into More's paradigmatic text discover much about which to be alarmed. Like the snake in the Garden of Eden, dystopian elements seem to lurk within Utopia. The country, we are informed, was founded by civilizing its barbarians and then artificially isolating a peninsula by transforming it into a fortified island. Utopia remains an imperial power [...]. Well-paid mercenaries keep enemies at bay [...]. Utopia's peace and plenitude now seem to rest upon war, empire and the ruthless suppression of others, or in others' words, their dystopia (Claeys 2017: 6).

A las nociones transfronterizas de utopía y distopía se suma además la de eutopía, entendida no como sociedad buena o bondadosa probable para sus integrantes sino como una efectivamente existente. La distopía, advierte Gregory Claeys, adquiere formas políticas, medioambientales y técnicas en una simbiosis ciencia/tecnología que amenaza con destruir o someter a la humanidad. La distopía política asociada al totalitarismo (o a la utopía fracasada del totalitarismo del siglo xx) es sin duda la que ha recibido la mayor atención literaria e histórica (2017: 5). Como sea, parece indiscutible que la distopía, en cuanto producto de ficción, ensaya una pintura parcial del futuro a partir de una crítica de elementos reconocibles del presente que proyecta hacia una sociedad imaginativamente materializada. Más allá de las visiones negativas y apocalípticas que construye sobre la humanidad en su conjunto, de la paranoia y miedo colectivos que explota, constituye también una vía de escape estética. Bajo esta perspectiva, cobra pleno sentido la definición de Lyman Tower Sargent: la distopía es, en síntesis, una jeremiada. Una sentida lamentación de dolor, de raíces judeocristianas, por lo mal que se ha portado el hombre; por sus pecados y vicios, por su proceder erróneo acreedor a un castigo de Dios (o del Líder, del Gran Hermano, del Todopoderoso Vigía) que se transformaría en recompensa si él fuera capaz de hacer las cosas de otra manera (2013: 10-13).

El narrador distópico viene a constituirse, entonces, como una especie de frustrado profeta moderno.

Pero hace falta un marco donde insertar a la literatura distópica: la ciencia ficción. No interesa discutir aquí si este término solo se oficializa en 1929, cuando Hugo Gernsback, al frente de la revista *Historia de maravillas científicas*, lo emplea por primera vez. O si el género como tal es eminentemente angloamericano y solo arranca con *Frankenstein* de Mary Wollstonecraft Shelley en 1818; o si Julio Verne no escribió ciencia ficción sino literatura anticipatoria, y H. G. Wells romances científicos². Lo que se quiere resaltar es que la distopía conforma una de las vertientes —la política por antonomasia— de la ciencia ficción, y que la eugenesia, como propuesta narrativa, a su vez configura una modalidad de la distopía literaria. En el México y la España del siglo xx aparecen un par de singulares ejemplos de distopías eugenésicas, poco o casi nada conocidos, y que se relacionan con *Brave New World* (1932) de Aldous Huxley. *Eugenia. Esbozo novelesco de costumbres futuras* (1919) de Eduardo Urzaiz, que antecede al texto del inglés por trece años, y el relato “Las tablas de la ley” de Juan G. Atienza, publicado por primera vez en 1967. Las convergencias entre los tres textos son notables. En el siglo xxi, escritores ibéricos e hispanoamericanos, y un puñado de mexicanos, han vuelto a las utopías negativas. Prueba de ello son “Urbarat 451” y *A bocajarro* (Mora 2011: 32), ambas narraciones de mi autoría, y dos distopías muy recientes, obra de españoles nacidos en los sesenta y setenta de la pasada centuria, que han obtenido además importantes galardones: *El Sistema* de Ricardo Menéndez Salmón, Premio Biblioteca Breve 2016, y *Rendición* de Ray Loriga, Premio Alfaguara de Novela 2017. Este ensayo se propone, por un lado, hacer un examen comparativo entre los textos de Urzaiz y Huxley, y relacionarlos con el de Atienza en un afán de rescate por lo que toca a Urzaiz y Atienza, al ser autores periféricos. Por otro, plantear una reflexión acerca de esa necesidad de reescribir distopías en castellano y, en los últimos años, premiarlas y promocionarlas.

2 Para esta y otras cuestiones relacionadas, por ejemplo, la posibilidad de que un cura franciscano radicado en el pueblo de Mama, Yucatán, haya escrito antes que *Mary Wollstonecraft Shelley* el primer relato de ciencia ficción propiamente dicho, véase nuestro estudio “Los viajes lunares de Cyrano de Bergerac y del padre Manuel Antonio Rivas” (Curiel Rivera 2009: 17-21).

El Gran Hermano genetista

El sueño del perfeccionamiento de la especie humana a través del control artificial de la transmisión de cromosomas —descubiertos en la primera mitad del siglo XIX— de un individuo a otro, ha dado pie a interpretaciones científicas sobre las que se ha construido el discurso del racismo y la pureza de sangre, pero también a asombrosos avances científicos que van desde sofisticadas técnicas de gestación exógena hasta las réplicas clonadas de mamíferos. Personajes históricos siniestros como el Dr. Mengele, o literarios como el Frankenstein de Shelley y las criaturas aberrantes de la isla del Dr. Moreau de H. G. Wells, confirman hasta qué punto el deseo del hombre de suplantar a Dios en las tareas de la creación biológica se ha convertido en una posibilidad cierta. La manipulación genética también ha inspirado el argumento de inquietantes películas como *Gattaca* (1997) del director Andrew Niccol.

En este contexto, no deja de ser un dato singular que Eduardo Urzaiz, un cubano nacido en Guanabacoa en 1876 y radicado en Yucatán a partir de 1890 (Peniche Barrera/Gómez Chacón 2003: 153-154), haya escrito en 1919 una novela distópica que adelanta trece años algunos de los planteamientos eugenésicos que desarrollará Aldous Huxley en *Brave New World*. Urzaiz, yucateco por adopción y considerado una *rara avis* dentro de la historia de la narrativa mexicana, fue médico obstetra y psiquiatra, y primer rector de la Universidad Nacional del Sureste, antecedente de la actual Universidad Autónoma de Yucatán, puesto que volvió a ocupar en 1946 hasta el día de su muerte (Peniche Barrera 2001: 217).

En *Eugenia* Urzaiz imagina una sociedad feliz llamada Villautopia, figuración de una Mérida ubicada en el año 2218, con rascacielos a lo largo del Paseo Montejo, aceras giratorias y un cielo tropical surcado por aerocicletas y grandes aeronaves rumbo al puerto de Progreso. Villautopia se integra en la Confederación de las Américas (contraparte de la Europeo-Asiática) y forma parte de un nuevo orden mundial pacífico surgido tras constantes guerras que se prolongaron hasta mediados del siglo XXI, cuando se produjo el desarme universal. En esta reconfiguración geopolítica se han disuelto las fronteras, abolido las herencias y la propiedad privada³. Esta situa-

3 El asunto de la disolución de las fronteras nacionales es una de las más curiosas incongruencias de *Eugenia*, pues el simple planteamiento de pertenecer a una

ción de relativo socialismo pacifista no se entendería sin un previo y alarmante proceso de despoblación, cuando la mujer, aquejada de *tocofobia*, harta de las cargas de la maternidad, rehuía el duro papel que la naturaleza le asignara en otros tiempos. Poco faltó, dice Urzaiz, para la extinción completa de la humanidad. Por fortuna, la ciencia intervino con un genial hallazgo. El procedimiento, que permite al Estado hacerse cargo de la educación y sostenimiento de todos los niños (Urzaiz 2008: 16), consiste en extraer de la mucosa de los úteros de las mujeres más aptas, con una cucharilla, el óvulo recién fecundado. Luego se implanta en el peritoneo de un gestador macho, feminizado con hormonas y anulado en sus funciones reproductivas activas. Transcurrido el tiempo de un embarazo normal, se practica una laparotomía y se obtiene un bebé perfectamente sano (Urzaiz 2008: 45).

En este escenario donde la familia tradicional ha sido sustituida por grupos constituidos libremente por la fuerza del afecto, transcurre la historia de Ernesto, un joven de veintitrés años que representa el ideal social de belleza y salud —es comparado con el Doríforo de Policeto—, y Celiana, una antigua maestra y amante de Ernesto, pianista aficionada y reconocida intelectual. En una de sus conferencias, Celiana explica precisamente cómo ha sido la evolución de esa sociedad feliz. La vida parece discurrir con apacibilidad hasta que Ernesto recibe una carta del Dr. Remigio Pérez Serrato, presidente del Bureau de Eugénica, designándolo Reproductor Oficial de la Especie. Cabe mencionar que en Villautopia, amén de los gestadores feminizados⁴, solo se autoriza la fertilidad de los ejemplares hem-

confederación de países y de que el Estado se ocupe de la actividad económica, de la industria y la agricultura (Urzaiz 2008: 82), inhabilita esta posibilidad. El propio Urzaiz señala que después del desarme los pueblos se agruparon siguiendo las divisiones geográficas naturales de la tierra, lo que implica de algún modo el establecimiento de fronteras. Por si fuera poco, a propósito de un episodio secundario, describe un arreglo entre gobiernos europeos y sindicatos americanos para evitar el alza del azúcar y un nuevo conflicto internacional (Urzaiz 2008: 108). No obstante, Urzaiz acierta al anticipar un orden mundial globalizado. Otra inconsistencia del argumento reside en la supuesta supresión de los ahorros y la economía privada, pues Ernesto y Celiana, los protagonistas de la novela, viven como burgueses.

4 La transgresión de roles genéricos planteada por Urzaiz cuenta con un antecedente en la antigüedad clásica. En su “Viaje a la Luna” Luciano de Samosata (2005: 38-39) refiere que los selenitas no nacen de mujeres sino de hombres

bras y machos más perfectos. El resto de la población es esterilizada para eliminar las probabilidades de degeneración. Ernesto acude a su cita en el Bureau de Eugénica y se entera de lo que será su nueva y promiscua vida de reproductor: deberá reportar por lo menos veinte hijos en su primer año de labores, para después quedar como voluntario, hasta los cincuenta, cuando será esterilizado. En contraste, se describe a los incubadores que asumen pasivamente el proceso de gestación: hombres de entre dieciocho y cuarenta y cinco años, “gordos, lucios, colorados y con un aire de beatífica satisfacción en la mirada” (Urzaiz 2008: 47)⁵. El problema surge cuando Celiana —ataviada con un peplo retrofuturista— comprueba el entusiasmo con que Ernesto cumple con su servicio social y se apasiona por una “espléndida beldad” llamada Eugenia, virginal jovencita que otro de los médicos del Bureau, el Dr. Suárez, le ofrece a Ernesto para que “seas el céfiro que se encargue de abrir los pétalos de esa rosa en botón” (Urzaiz 2008: 114). Ernesto se avergüenza ahora de la ociosidad parasitaria que lo hizo depender de Celiana a lo largo de cinco años. Ella, despechada, tras infructuosos intentos de encontrar consuelo, se abandona a la *cannabis indica* y proyecta la imagen de “una madre que continuase arrullando, con la canción favorita, el cuerpo helado de un niño muerto” (Urzaiz 2008: 118). El autor introduce constantes digresiones sociopolíticas que rompen la tensión narrativa. Por ejemplo, al relatar las conversaciones de la tertulia de don Luis Gil, un antiguo profesor de Celiana. La novela

que transportan al embrión en sus pantorrillas. Cuando llega el momento, le hacen un tajo a la pierna para que pueda salir.

- 5 En el mundo de Urzaiz el Bureau de Eugénica es tan importante como un Ministerio de Gobierno, y lo mismo puede decirse del Central London Hatchery and Conditioning Centre de *Brave New World*. El método Bokanovsky de reproducción, comparado con el imaginado en la novela de Urzaiz, resulta mucho más complejo. Mellizos idénticos según el lote de incubación y la casta social a la que habrán de integrarse (suma de gemelos pertenecientes a distintas camadas), se gestan en probetas forradas por dentro con peritoneo de cerdo, a partir de una fusión artificial de los gametos masculino y femenino. Después la mórula es trasladada a un envase más grande, dentro de una solución salina, y el recipiente etiquetado. La jerarquía de castas también se expresa en el fenotipo: los alfa y beta son los más inteligentes y físicamente desarrollados, los líderes. Les siguen los gammas; los deltas son obtusos y los épsilones simiescos y enanos. Estas distancias sociales, lejos de ser problemáticas, aseguran la buena marcha de la sociedad.

cierra con una disquisición filosófica de Miguel, otro miembro de la célula familiar alternativa, mayor que Ernesto y antiguo amante de Celiana, quien se lamenta de que el amor, pese a las conquistas sociales, siga siendo un lastre para la civilización. Este final anticlimático cuestiona la supuesta perfección comunitaria alcanzada en Villautopia. “Round pegs in square holes tend to have dangerous thoughts about the social system and to infect others with their discontent” (Huxley 2000: 10), se lee en el prólogo a *Brave New World* añadido en 1958. Como los mefi de Zamiatin, como el Salvaje de Huxley y como Bernard Marx hasta cierto punto, Celiana representa esa minoría de *outsiders* inconformes consustancial al universo distópico.

El leitmotiv de la reproducción a escala de seres humanos configura la similitud más evidente entre Eugenia y *Brave New World* de Aldous Huxley, pero hay otras. La Villautopia de Urzaiz, como se ha visto, y el Londres futurista situado en el Estado Mundial del año 632 después de Ford, responden a un nuevo equilibrio transnacional surgido de guerras catastróficas, si bien ambas ciudades funcionan en realidad como orbes autosuficientes. La pobreza y la miseria extrema, en ambas ficciones, han dejado de existir. La libertad sexual es otro componente argumental compartido (unas cartucheras con píldoras anticonceptivas marcan la moda del vestuario femenino en Londres). En *Brave New World* no hay cárceles ni manicomios; en Villautopía se han reducido casi al cero. Esto ha sido posible gracias a las técnicas pedagógicas de la hipnosis o la hipnopedia y, en Huxley, al condicionamiento “neopavloviano” de los miembros de las diferentes castas. Los urzaizianos apenas si visitan los hospitales. Los ingleses de la era Ford han ido más lejos consiguiendo programar genéticamente una demora en el envejecimiento. El Estado se ha hipostasiado en una especie de Dios laico que tolera los espejismos de otras religiones: el neoteosofismo de Villautopia, una fusión de todos los credos anteriores; Ford como un nuevo Mesías a quien los londinenses de Huxley adoran mediante ritos, la droga *soma* y cantos colectivos.

“Las tablas de la ley”, relato del valenciano Juan García Atienza (1930-2011), recupera elementos de las fabulaciones de Urzaiz (con seguridad sin haberlo leído nunca) y de Huxley. Fernando Silva es un joven apuesto de veintisiete años, ingeniero en cámaras de vacío, con un buen sueldo mensual, que busca a una mujer de

su mismo grupo genético, el K, con fines matrimoniales. La contrariedad estriba en que el porcentaje demográfico de ese grupo es del 0,000006% en el mundo; peor aún: a cada doscientos cuarenta y nueve hombres corresponde una mujer. Por otro lado, rigen unas leyes genéticas severísimas gracias a las cuales la población se ha reducido a mil quinientos millones de habitantes sin un solo día de guerras o revoluciones, pero que castigan cualquier mezcla nupcial entre grupos genéticos (A, B y F, además del K). En tal coyuntura, Fernando se ve obligado a pagar con sus ahorros una consulta al Instituto Federal de Estadística. Mientras espera al funcionario que habrá de brindarle información precisa, contempla en los muros a las voluptuosas pastoras de unos tapices pensando en los felices tiempos en que no había tarjetas genéticas ni leyes que controlasen penalmente los coitos y los matrimonios extragenéticos. La visita no defrauda y obtiene treinta y seis carpetas rosas sobre las mujeres K que luego organiza en cuatro grupos donde, en definitiva, la casi total mayoría la constituyen ejemplares imposibles o indeseables: ancianas, niñas y recién nacidas, mujeres casadas y con hijos. Salvo una excepción: Virginia, joven de veinticuatro años asimismo matrimoniada pero sin descendencia, que casualmente vive también en Madrid. Fernando averigua el domicilio de Virginia y toma un helitaxi. La aguarda en la calle hasta que sale a despedir a su esposo, Efraím Zubiaurre, quien se dirige al trabajo. Fernando empalidece por el deseo. Virginia lo descubre y se muestra amable con el desconocido, que se queda paralizado. Más tarde Fernando acude al Trust Federal Independiente de Magistrados, desea hacer otra consulta, ahora jurídica, para ver si hay algún modo de reparar la injusticia de que sea Efraím y no él el compañero de la hermosa Virginia. Anhela estrujarse en un definitivo enlace de genes gemelos, de genes legales para engendrar hijos sanos conforme a la ley. Olvidarse para siempre de sus sesiones furtivas con prostitutas del despreciado grupo X en Planet Oniroscope. Atienza describe un universo donde la ciudadanía subsiste idiotizada por anuncios comerciales; donde la preocupación anticonceptiva del gobierno disfraza un control totalitario sobre la libertad; donde no solo es posible manipular las leyes genéticas sino la legalidad misma. En el Trust Federal el abogado, un “vejete” vestido con una túnica pasada de moda, introduce varias leyes en un tubo mezclador y obtiene una nueva norma que soluciona el problema. Fernando puede

acogerse a la ley de propia defensa y eliminar a Efraím, como en efecto hace, pues pertenece a la misma comunidad municipal de Virginia, no a una remota provincia periférica. Después Fernando conoce los secretos del amor con una mujer que ya los había experimentado y vive feliz con Virginia en el departamento que antes fuera de Efraím, escuchando el concierto electrónico de Krakauer en su vitrola magnética. Hasta que un día, cuando sus compañeros le organizan un ágape con motivo de su jubilación, se despide en la calle de Virginia y aborda un helitaxi. Desde las alturas distingue con temor a un sujeto tambaleante que se acerca a su mujer (García Atienza 1973: 71-86)⁶.

Los jeremías del siglo xxi

Otro ejemplo de transferencia o transversalidad entre la narrativa española y la mexicana en el campo de la ciencia ficción, ya no en la modalidad eugenésica sino en la vertiente de la distopía política, se ha verificado en las primeras décadas de este milenio. El zoo humano en que se han transformado las sociedades occidentales y que describe Desmond Morris, con sus implacables leyes homogeneizadoras, parece obsesionar al Jeremías de la posmodernidad. De hecho, la utopía de la distopía se ha consolidado en el mundo globalizado como un sistema de pensamiento y discursivo que, pese a su proyección especulativa, en el fondo renuncia a lo que debería ser el porvenir y se regodea en cambio —como premio de consolación— en el miserabilismo de las peores y más amorales formas del *estar siendo* (Mora 2009: 349). Ahí están las novelas de Suzanee Collins, las de James Dashner y Veronica Roth, y las taquilleras versiones cinematográficas que se han hecho de ellas. Los escritores de México y de España no han sido ajenos a esta literaturización del *reality show* de nuestro cautiverio. Un relato mío comentado por Vicente Luis Mora (2009: 376), “Urbarat 451”, describe una sociedad donde las leyes se aplican primero y se redactan después, sustituyéndose su publicación oficial por

6 A pesar de este eficaz relato distópico y de otros textos de corte fantástico, Atienza es recordado sobre todo como un escritor de la España folclórica y legendaria. Al igual que Urzaiz, merecería ser mucho más leído.

su comunicación televisiva (Curiel Rivera 2001: 71)⁷. También homenaje a *Fahrenheit 451* de Bradbury, *A bocajarro* relata la historia de un mundo en apariencia armónico donde el imperio de las imágenes de la televisión y una casta de comunicadores han anulado cualquier cuestionamiento de los hechos reales (Curiel Rivera: 2008). En Urbarat, ciudad de rascacielos subterráneos, el Animador, un tirano ubicuo y benevolente, ha abolido el tiempo convencional y la idea de la esperanza. El título hace referencia a un tipo de disparo con pistola, un arma de fuego que ya nadie usa. El detective Vicente Diamante debe resolver un crimen inexplicable: la identidad de la víctima corresponde simultáneamente a un aclamado futbolista de la tele y a un anciano cuyo cadáver ha sido abandonado en un departamento. Según Alberto Chimal, *A bocajarro* es una novela anclada con firmeza en la vida tal cual es, pero lleva “lo que es” todavía más lejos y lo coloca en un laboratorio de simulacros que podría parecer ajeno hasta que se vislumbra la inquietante semejanza con nuestro entorno⁸.

El simple dato de que Seix Barral, otrora escaparate de la narrativa vanguardista y hoy bajo la férula comercial de Planeta, y Alfaguara, en poder de Penguin Random House, prestigiosos sellos literarios por lo regular despreciativos de la ciencia ficción, hayan apostado en años consecutivos por novelas de este género otorgándoles sendos premios de lo más codiciados dentro de la narrativa en español, resulta no solo sintomático sino confirmatorio de la necesidad de volver a las utopías negativas.

El Sistema de Ricardo Menéndez Salmón, Premio Biblioteca Breve 2016, cumple a cabalidad con los requisitos de la distopía literaria: presenta una sociedad de ilusoria perfección, la isla Realidad, inmersa en una Poshistoria donde un cerebro cibernético, el Dado, rige la conducta de los Propios, borregos sometidos al pensamiento único y a una especie de neohabla reductora (el Ingsoc de Orwell) cuyo máximo temor son los Ajenos, los famosos *mefi* de la novela de Zamiatin, rebeldes que reaparecerán bajo otros nombres en todas las distopías. Realidad se enmarca en una geopolítica de naciones-archipiélago tras la guerra que destruyó la Historia Moderna, y representa en última instancia el sueño colectivo de la perfección científi-

7 La realidad superaría esta predicción con los tuits de Donald Trump.

8 Véase <www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/etiquetas/a-bocajarro>.

ca y tecnológica a costa de la libertad individual. El Narrador trabaja en la Estación 16, sospechosa similitud con el Distrito 12 de Katniss Everdeen de *Los Juegos del Hambre*. Como Dino Buzzati en el desierto, Narrador vigila que los bárbaros no lleguen por mar, pero empieza a dudar. Es reprimido y reconducido por la buena senda. Finalmente se une a los Ajenos, donde descubre una comunidad pseudoarcádica y los valores de un antropocentrismo entre esotérico y filosófico por momentos rayanos en una ciencia ficción de autoayuda.

En *Rendición* de Ray Loriga, Premio Alfaguara de Novela 2017, un hombre de origen aldeano, junto con su mujer y un hijo que han adoptado *de facto*, se ven obligados a incendiar su propia casa y a partir luego a una misteriosa ciudad de cristal. Los hijos biológicos de la pareja, de los que no se tiene noticia, combaten en una guerra que, como la de Troya, dura diez años. La familia se limita entonces a obedecer las instrucciones del agente de la zona, representante de un enigmático Gran Hermano. En el camino, una tierra de nadie donde acecha el peligro, cae una bomba que destruye uno de los tres autobuses en que viajan (aunque este percance no es suficiente para despertar al niño acomodado en el asiento entre sus padres putativos). Más adelante el autocar que los traslada se avería y los tres tienen que seguir a pie en compañía de los ricos que controlan el agua en la comarca. Tras una serie de episodios que podrían haber sido extraídos de *The Road* de Cormac McCarthy, llegan a la ciudad de cristal. Mientras les revisan los documentos encuentran a los ricos del agua, que habían traicionado a la familia, colgados de cabeza. En el nuevo hogar más vale seguir las reglas. Los desinfectan, les asignan un departamento y los trabajos que habrán de realizar. En lo sucesivo, todo irá bien. *Rendición* también despliega los tópicos característicos de la distopía. Los servicios eficientes. No existen la pobreza ni la criminalidad. La perfecta geometría de la urbe de cristal calcada de Zamiatin. La enfermedad está controlada. Sin embargo, esa isla de vidrio⁹ esconde una verdad terrible. La seguridad redundante en un sacrificio del libre albedrío. La supervigilancia y la delación sustituyen los derechos fundamentales. El narrador se dará previsiblemente cuenta de ello, a un precio muy alto.

9 La isla constituye la esencia metafórica en que se condensa el espacio distópico, esté o no literalmente rodeada de mar.

No se puede afirmar que las distopías de Méndez Salmón y Ray Loriga no estén bien escritas, y quizá lo mismo valdría para “Urbarat 451” y *A bocajarro*, si se atienden los comentarios de Vicente Luis Mora y Alberto Chimal. En el caso de los textos premiados¹⁰ incluso hay pasajes de prosa brillante. Sin embargo, detrás de ambas novelas es fácil percibir una intencionalidad mercadológica de plantear como originales tramas anterior y competentemente desarrolladas por Zamiatin, Orwell, Bradbury, Huxley, Dick, Ballard, y de emular —por medio de algunos ajustes— creaciones ya mencionadas del universo ficcional angloamericano que, además, han sido adaptadas con éxito a la gran pantalla. Quizá, entonces, la pregunta correcta deba formularse intentando comprender el punto de vista anímico de los escritores situados en ambos extremos de esas transferencias transatlánticas¹¹, y no desde la lógica —bastante obvia por otra parte— de quienes se empeñan en comercializar su obra. ¿Por qué seguir escribiendo distopías a la estela y a la usanza de los grandes maestros del siglo xx, aunque deriven en pastiches literarios?

Otra quimera irrealizable, la “utopía de los cazadores”, esconde la distopía de nuestra realidad. Zygmunt Bauman (2016: 133-155) lo explica así: en los días líquidos de Occidente, el consumo feroz camufla la incertidumbre de un tiempo sin Dios. La gente quiere evadirse de su propia infelicidad y la caza —el consumo compulsivo de lo superfluo— se convierte en una adicción, pese a que la caza misma pueda concluir en algún momento, lo que se vislumbra como una posibilidad aterradora. Por ello, la caza debe de continuar *ad nauseam*, sin importar la presa que se cobre sino la inercia de se-

10 El de Loriga obtuvo el premio por mayoría, según consta en el acta del jurado; Méndez Salmón ganó por unanimidad y bajo el onettiano seudónimo Juan María Brausen.

11 En *El lectoespectador* (2011) Vicente Luis Mora ofrece una lista de narradores de ambas orillas del Atlántico que revisitan la novela distópica: César Aira, Rafael Pinedo, Javier Fernández, Marcelo Cohen. Si me he atrevido a incluir mis narraciones, consignadas también en la lista de Mora, ha sido porque no encuentro dentro del panorama de la narrativa mexicana otros ejemplos de distopía donde los entramados del poder sean la clave del argumento. Eso no significa que no se cultive la ciencia ficción en mi país, y que no haya excelentes exponentes de ella. Bernardo Fernández (BEF), verbigracia, cuya narrativa fluctúa entre el *steampunk* y una novela policiaca muy personal.

guir acumulando trofeos. Las sociedades del medioevo tecnificado y falsamente democrático del siglo *xxi* se postran ante el altar de una utopía que ya no se persigue sino se vive, que ya no tiende hacia un final sino que ofrece el sueño sin final de un Sísifo que compra y compra, inmune a cualquier examen de conciencia, atrapado en una trampa circular. Nada más lejano al optimismo de Francis Fukuyama, a la creencia de que la democracia liberal había ganado para siempre tras la caída del Muro de Berlín, que la prolongada crisis de Medio Oriente, las oleadas de inmigrantes a Europa, la miseria y desigualdad rampantes del Tercer Mundo, el terrorismo y la guerra (Žižek 2009: 86-87). Todo es insatisfacción comunitaria y personal respecto al contexto actual. Desde luego, en un planeta cuya población supera los 7.500 millones de habitantes, donde miles de cientos de personas sobreviven sin alimentación ni servicios básicos de salud e higiene, suponer que todo ser venido al mundo se transformará en un cazador monetario, en un consumidor-consumido, no deja de ser una mirada que suprime algunos fotogramas de una realidad planetaria más compleja. Pero parece irrefutable que la desesperanza marca el tempo de los años presentes¹². Impera en la gran mayoría una expectación catastrófica arraigada en lo más profundo (Sloterdijk 2001: 115).

Por eso cobra sentido refugiarse, aunque solo sea mental y transitoriamente, en el espacio privilegiado de la distopía, donde la tormenta de los atávicos miedos infantiles puede contemplarse como al amparo de una cueva. Los escritores de ambas orillas de la marea distópica se reconocen como involuntarios *dramatis personae* de la utopía del cazador, una cárcel que en las visiones eugenésicas de Urzaiz, Huxley y Atienza ya venía edificándose. Se reconocen en su presente y en su nada halagüeño futuro, que es también su presente. Por eso se asumen —nos asumimos— como Jeremías. Por eso sus jeremiadas. A la utopía del cazador no cabe sino anteponer la utopía de la distopía: el bálsamo rabioso pero tranquilizante de las posibilidades de su representación literaria.

12 Incluso el altermundismo, la antiglobalización, las propuestas de desarrollo sostenible y gestión ciudadana participativa, la solidaridad coyuntural de las redes sociales, se perciben hoy más como vestigios de un antiguo utopismo que como una renovada visión abarcadora de grandes horizontes.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2016): *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Ciudad de México: Tusquets.
- BOOKER, M. Keith (ed.) (2013): *Critical Insights. Dystopia*. Ipswich: Salem Press.
- CHIMAL, Alberto (2008): “Lo que hubiera dicho si...”, 23 de noviembre. <www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/etiquetas/a-bocajarro> (consulta: 30/04/2018).
- CLAEYS, Gregory (2017): *Dystopia: A Natural History*. Oxford: Oxford University Press.
- CURIEL RIVERA, Adrián (2001): “Urbarat 451”, en VV. AA. *Antología del cuento mexicano*. Barcelona: Debolsillo, pp. 63-82.
- (2008): *A bocajarro*. Ciudad de México: Conaculta.
- (2009): “Los viajes lunares de Cyrano de Bergerac y del padre Manuel Antonio de Rivas”, en Carolina Depetris (ed.). *Sizigias y cuadraturas lunares*. Mérida/Ciudad de México: Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales/UNAM, pp. 17-21.
- (2016): “Pastiche distópico”, *Laberinto*, n.º 678, p. 8.
- (2017): “La rendición de la literatura”, *Laberinto*, n.º 743, p. 8.
- GARCÍA ATIENZA, Juan (1973): “Las tablas de la ley”, *Nueva Dimensión*, n.º 43, pp. 71-86.
- HUXLEY, Aldous (2000): *Brave New World*. New York: Rosetta Books.
- (2007): *Nueva visita a un mundo feliz*. Buenos Aires: Debolsillo.
- LORIGA, Ray (2017): *Rendición*. Madrid: Alfaguara, 2017.
- MENÉNDEZ SALMÓN, Ricardo (2016): *El Sistema*. Barcelona: Seix Barral.
- MORA, Vicente Luis (2009): “Las distopías como vertiente política de la ciencia ficción”, en Antonio Notario Ruiz (ed.). *Estética: perspectivas contemporáneas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 341-403.
- (2011): *El lectoespectador*. Barcelona: Seix Barral.
- MORRIS, Desmond (2005): *El zoo humano*. Ciudad de México: Random House Mondadori.
- PENICHE BARRERA, Roldán (2001): *Diccionario de yucatecos ilustres*. Mérida: Universidad Mesoamericana de San Agustín.
- PENICHE BARRERA, Roldán y GÓMEZ CHACÓN, Gaspar (2003): *Diccionario de escritores de Yucatán*. Ciudad de México: Cámara de Diputados LVIII Legislatura.

- SAMOSATA, Luciano de (2005): “Viaje a la Luna”. *Viajes a la luna. De la fantasía a la ciencia-ficción*. Carlos García Gual (ed.). Madrid: ELR Ediciones, pp. 23-44.
- SLOTERDIJK, Peter (2001): *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Pre-Textos.
- TOWER SARGENT, Lyman (2013): “Do Dystopias Matter?”, en Fátima Vieira (ed.). *Dystopian Matters: on the Page, on Screen, on Stage*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing.
- TROUSSON, Raymond (1995): *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Península.
- URZAIZ, Eduardo (2006): *Eugenia. Esbozo novelesco de costumbres futuras*. Ciudad de México: UNAM/Licenciado Vidriera.
- ŽIŽEK, Slavoj (2008): *Violence*. London: Profile Books Ltd.